

La epopeya de la clausura Oficios de André Gide

Christopher Domínguez Michael

Leídos algunos libros, clásicos y conmemorativos, sobre el centenario cumplido de la *Nouvelle Revue Française* (NRF) permanece sobre la mesa, a discusión, la misteriosa personalidad, el raro atractivo, de André Gide, el fundador de la revista, su animador y espíritu. Nadie cree —y quizá nadie lo creyó nunca— que Gide sea, haya sido, un gran escritor. Excepción hecha del *Diario* (1889-1949), que al reconocérsele como su libro capital se convierte en una recomendación de su vida en tanto que su verdadera obra maestra, se estiman poco las narraciones de Gide que en su día hicieron furor, las de juventud (*Los alimentos terrestres*, *Los nuevos alimentos*, *El inmoralista*, escritas entre 1891 y 1914), esas piezas de lirismo declamatorio que son nietzscheanismo pasado por agua, vino bautizado. Aunque a mí me siguen gustando *Los sótanos del Vaticano* (1914) y *Los monederos falsos* (1929), no me los llevaría conmigo a la isla desierta.

Pero uno se burla de *El inmoralista* y de su celo en la contraedificación en el mismo tono usado contra *Las tribulaciones del joven Werther* y su cursilería. Son clásicos sentimentales, ilustraciones del estado de ánimo de una época (el prerromanticismo, el temprano siglo XX). Ambos libros, empero, nada pierden con nuestras burlas como en nada modifica a nuestra juventud la severidad con la que podemos llegar a mirarla. Goethe y Gide nos sobreviven, dueños de una arrogante, despreocupada lozanía.

Voy al grano: se dijo que Gide fue el más grande de los escritores menores. Podría decirse de otra manera: nunca un escritor valorado con tanta y merecida reserva tuvo una influencia tan fascinante e insospechada. Su poderío se expandió, ya se sabe, a partir de la honradez de su vitalidad, de la libertad con que vivió su homosexualidad y la

forma en que la hizo pública (*Corydon*, 1923, libro anticuadísimo, a estas alturas de la institucionalización de los derechos de los gay). Junto a esa histórica salida del clóset, su fervor y su decepción del comunismo, en los años treinta y la manera en que evitó comprometerse, después, con la Francia de Vichy, lo convirtieron en un ejemplo moral. Gide cumplió con la parábola del inmoralista transformado en el verdadero moralista, una transvaloración tan consecuente que desde entonces es clásica.

Más allá, al acercarse a las biografías inconclusas que sobre Gide se han intentado (de Pierre de Boidsdeffre, de Claude Martin), releendo a Maria Van Rysselberghe (su íntima amiga que decide ser a Gide lo que Boswell fue al doctor Johnson), estudiando la gran trilogía de Auguste Anglès (*André Gide et le premier groupe de la Nouvelle Revue Française*, 1978-1986) o leyendo lo más reciente (Alban Cerisier, *Une histoire de la NRF*, 2009), la dimensión de Gide, ante mis ojos, no hace sino crecer.

Gide está hecho de la pasta de Voltaire y de Goethe, por su ubicuidad, por la manera en que combinó la libertad de crítica, el libre examen y el trabajo en equipo a la hora de fundar y respaldar a la NRF, revista de la cual es el creador, como Monteverdi o Mozart son los creadores de una ópera como la podemos escuchar en un teatro: si la partitura es suya, otros son el director, los cantantes, la orquesta. No encuentro caso semejante que de manera tan desenfadada y con un grado de intervención de la voluntad que se me escapa, haya puesto tanto de su genio en el talento de los demás. Los “demás” fueron, al arrancar la revista en 1908-1909, inteligencias subordinadas a la suya (Marcel Drouin, Jean Schulumberger, Henri Ghéon, André Ruyters, Fran-

cis Coupeau). Más tarde, Gide atrajo a su revista a los únicos que podían disputarle la jefatura espiritual de su siglo: a Paul Claudel y Paul Valéry, y con ellos a la extensa nómina de geniecillos, supergenios, comparsas y figurantes, actores de reparto que harán de la entreguerra una edad de oro de la literatura francesa, una irradiación que aún no se apaga. Se da el lujo Gide de rechazar a Marcel Proust, lo cual no pasa de ser anecdótico, pues tan pronto puede, Gaston Gallimard lo rescata para la casa. Qué tan desinteresada fue la empresa de Gide importa poco, pues su gloria como director de conciencia fue pasajera, al grado que hoy día se le lee poco y mal.

Si es admirable la ubicuidad afectiva y geográfica de la que da testimonio el *Diario*, deslumbra la capacidad de trabajo de Gide, el editor literario que se acabó de formar con Rémy de Gourmont, haciendo *L'Ermitage*. Toda la novelita de la génesis de la NRF, revista que aparece dos veces, una en noviembre de 1908 y otra en febrero de 1909, se debe a que había en la primera dos artículos que disgustaron a Gide.

Asombra Gide por sus virtudes ejecutivas. Sabe estar y no estar, soltar y ajustar la cuerda, dejar a otros la responsabilidad de postular la doctrina de la revista, ese “clasicismo moderno”, veleidoso, heterodoxo, vaporoso. No desdén nunca Gide el trabajo de redacción, las notas anónimas o semianónimas en las que reside el espíritu del equipo, el trato con los tipógrafos, las peleas a muerte con los correctores y su despedido inmisericorde, el pago justo a los colaboradores. Él mismo heredero de una pequeña fortuna familiar, sabe de dinero y cómo manejarlo. No es que hiciera de todo en aquellos primeros años de la NRF: hacía lo esencial y delegaba. Nunca dirigió la revis-

ta, no lo necesitó. Y se dio el lujo de llevarse mal con Jacques Rivière, el joven y legendario director de la *NRF* tras la Gran Guerra y con Gallimard, el gerente convertido en patrón. En fin, que Gide, como dirá François Mauriac (quien estaba lejos de admirarlo incondicionalmente), inventó y trazó, con la *NRF*, la rosa de los vientos.

En el centro de la empresa de Gide está el crítico literario. Son mil las páginas de sus *Essais critiques* (1999), compuestas de reseñas, autoentrevistas, conversaciones periodísticas, ensayos de variada extensión, disertaciones encomiásticas. Impera la perspicacia y la oportunidad: supo Gide crear a su propio público inventando lugares nuevos en el mapa e hizo “política del Espíritu” al fulminar a Maurice Barrès en la querrela sobre desarraigo y nacionalismo, al interpretar el papel del converso en sus breves e intensos años en el comunismo y al ofrecerse ante la opinión mundial como el renegado por antonomasia, cuando regresó decepcionado de la Unión Soviética en 1936.

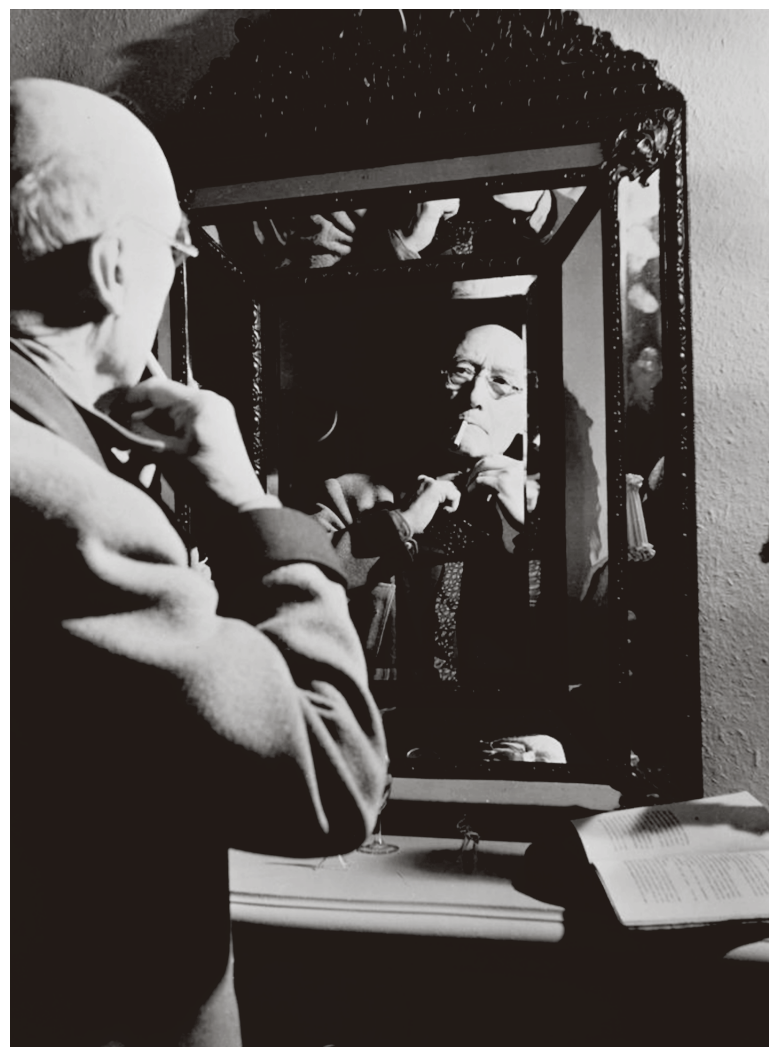
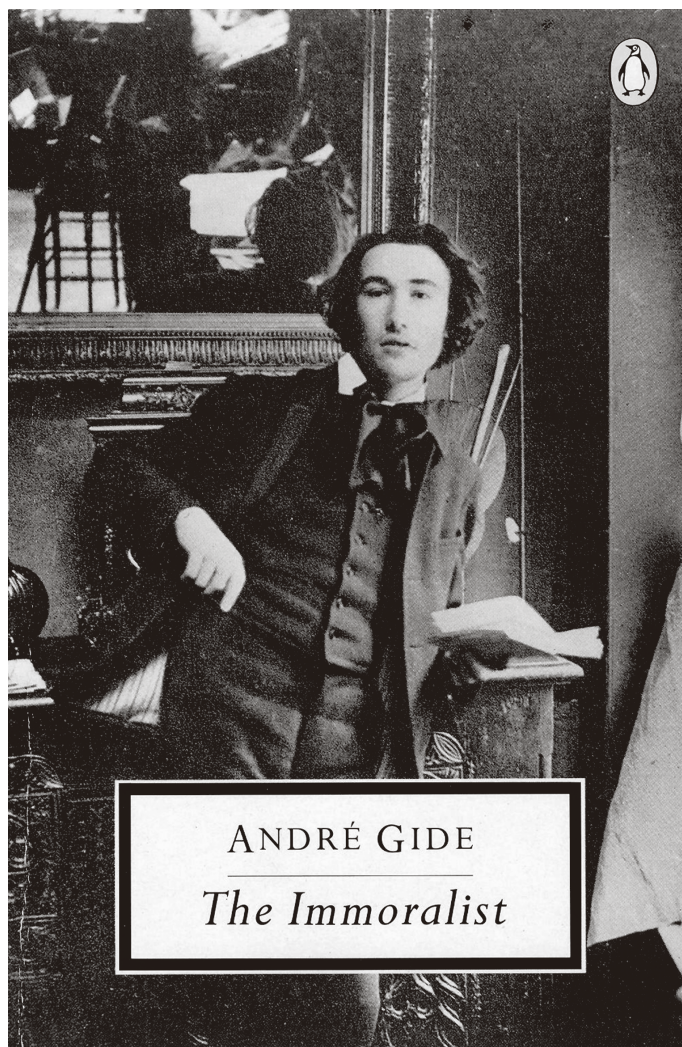
Ese público que él creó compartirá su nietzscheanismo, tan discutible (¿pero cuál no lo es?) al emparentar a Nietzsche con el espíritu de la Reforma, convirtiendo en jansenista al filósofo del martillo. Gide no desdén el examen de las grandes personalidades proféticas, pues le horroriza lo mundano, aquello que nunca tragó, pese a todas las palinodias, en Proust. Difunde, como crítico, a Oscar Wilde, su maestro, y sobre todo, contribuye como nadie a la fama de Dostoievski en Occidente. Escribe sobre el ruso en 1908 y en 1923, soñando con hacer una biografía suya a la manera de las vidas populares de Miguel Ángel y Beethoven escritas en ese entonces por Romain Rolland, pues esa clase de literatura de divulgación, que pasa de moda tan velozmente, le atraía mucho.

Con Gide se cierra la historia trágica del Edicto de Nantes, esa exclusión del protestantismo del alma francesa. Su porte reformado, que es tan refrescante frente al catolicismo, juega en su contra, empero, al enfrentar a un genio de la ortodoxia como Dostoievski. Se le escapan la exageración,

el mal gusto, el delirio del ruso, convertido por Gide en un ser mecánico, frío, una maquinaria de preguntas y respuestas.

La crítica religiosa destaca en Gide. Le abre las puertas de la *NRF* a los grandes conversos al catolicismo —Claudel y compañía—, pero impide que se metan a la revista los beatos y los tomistas. No admite, en un principio, a la beatería de izquierda (de marxismo todavía no se hablaba antes de 1914), pero rechaza a los escépticos y a los ateos, como Rémy de Gourmont. No es tanto su respeto por la Iglesia católica como su consideración ante la fe.

En sus polémicas, Gide es valiente, pero nunca insulta. Le producía un placer casi maniático el intercambio generoso y arriesgado de las diferencias, a él, quien después de 1918 tendrá a los peores enemigos del mundo, los calumniadores más venenosos, a los publicistas de la Acción Francesa y, después, a los stalinistas. Nadie, hoy día, toleraría un insulto firmado por Léon Daudet o por Henri Massis, como los que recibió Gide. Vaya, ni siquiera se publicaría.



André Gide ante el espejo

A Gide le gustaba la prensa. Accedía de buena gana a contestar encuestas; le parecían bien los juegos familiares, casi hogareños, establecidos por el buen periodista con su público. Se prestaba a la denuncia política lo mismo que hacía la lista de sus novelas francesas preferidas. No se le daba, en cambio, la disertación académica. En ese modo, tendía a la alocución, declamando como si estuviera ante un público selecto en el Teatro del Vieux-Colombier. Eso se nota, en los *Essais critiques*, cuando habla de Paul Verlaine y de Mallarmé. Se conformaba con el aplauso de los amigos en la intimidad.

Lo más atractivo de Gide como crítico son las *Entrevistas imaginarias*. Las había intentado por primera vez en su juventud, pero el género de la autoentrevista, que probablemente inventó, no le queda bien hecho sino hasta 1941, en una circunstancia excepcional. Decide entonces, siendo el más famoso de los escritores franceses, alejarse de toda colaboración con los alemanes y pintar su raya con los colaboracionistas que se habían adueñado de casi toda la prensa. Denigrado por quienes lo acusan —ellos, los usufructuarios de la derrota— de haber

contagiado de derrotismo y decadencia a la juventud francesa, Gide decide, en un movimiento característico, responder sin responder, con las *Entrevistas imaginarias* que publica *Le Figaro* en la zona libre de Francia y que sus lectores entienden bien como mensajes en clave, alusiones punzantes. Por su tono lo reconocían, por su talento rebelde.

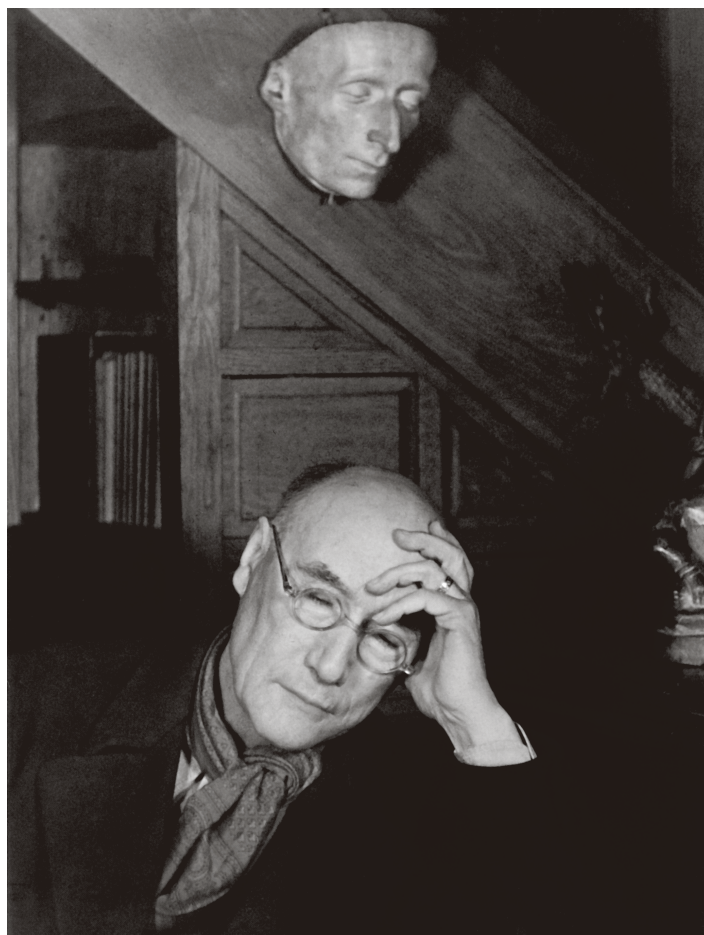
A Gide, lector de periódicos, no le gustaban, en cambio, los entrevistadores, por más brillantes que fueran. Y eso que fue entrevistado poquísimas veces a lo largo de su vida, lo cual habla de los tiempos idos en que vivió, donde se escuchaba, en su puridad, a la voz del escritor. Aprovechando ese ocio tenso que le da la ocupación alemana, Gide se entrega, con deliciosa agilidad, a sus *Entrevistas imaginarias*. Acomete lo tenido por abstruso y satisface la curiosidad de sus lectores discutiendo (consigo mismo, con sus otros yoes), la gramática, la métrica y la prosodia. Se inventa un “poeta-poeta”, ajeno a la crítica moral y a la preocupación política, asociada a la vanguardia y a la propagación del verso libre y le explica, pedagógico, la dificultad que implica, para la poesía francesa, más dada a la acentuación que ninguna otra, la renuncia a la métrica.

Ese rincón poético fascinaba a los lectores de Gide y no sería fácil encontrarlo en un periódico del siglo XXI. Pero también las *Entrevistas imaginarias* fueron un depósito de la memoria. Recuerda Gide, por ejemplo, los tiempos de Mallarmé y la devoción casi religiosa que por él sentían quienes lo frecuentaban. Niños ricos algunos de ellos (Gide mismo), les parecía humillante concebir que la literatura les reportara dinero como ingreso. Eran los tiempos de los grandes tirajes de Zola, pero Gide y sus amigos preferían mirar hacia otro lado.

Termina Gide sus *Entrevistas imaginarias* discutiendo a Joyce o al menos el que Louis Gillet divulgaba en Francia. Rechazaba Gide la expresión “novela perfecta”. No podía haberlas, pues el género es elástico por definición y la perfección es indivisible. Para él sólo un poema puede ser perfecto. Por eso lo que el *Ulises* tiene de obsceno, desbalagado, es plenamente novelesco. La obscenidad de *Ulises*, dice él mismo, no le reportará a Joyce más que cien lectores. “Te equivocas”, le contesta a André Gide su otro yo, pues hay en todo lo que es humano un lado obsceno, su reverso divino. **U**



En su departamento en París, 1894



André Gide en una fotografía de Gisèle Freund, París, 1939